



PRÓLOGO

En filosofía son reconocibles, al menos, tres tipos de obras: las que son fruto de la inteligencia de los «clásicos», filósofos capaces de sobrevivir a su tiempo y continuar siendo contemporáneos; las debidas al trabajo fiel de los profesores de filosofía dispuestos a escribir de lo que han leído; por último, las surgidas de los diletantes, impenitentes obstinados en asomar las narices en mil vericuetos para quedar rendidos a mitad de camino. Posiblemente este libro pertenezca a ese tercer tipo, aunque haya surgido de la intensa lectura de las obras de los primeros y caiga en el proceder de los segundos con más asiduidad de la buscada.

Resulta probable que la supervivencia de la filosofía como contenido y continente culturales dependa de esos tres tipos de obras, pero lo cierto es que el hacer filosófico cuenta con la ventaja natural de su ecumenismo. Un ejemplo de ello es el caso de un muchacho sorprendente con el que me topé en un pueblo castellano hace ya varias décadas. El chico tenía la costumbre de adornar su pupitre con algunos camiones de juguete situándolos estratégicamente sobre la mesa. El primer día no le di importancia y decidí hacerme el despistado. El segundo día consideré que aquella reiteración suponía un reto y opté por concederle una prórroga. Pero al tercer día pasó lo mismo: nada más comenzar la clase, aquel mocetón perseverante sacaba sus camiones de la mochila y los colocaba en su pupitre cuidadosamente. Entonces no me quedó otra alternativa que ordenarle que retirara sus juguetes aduciendo que no era el lugar adecuado para exponerlos. El chico, sorprendido y molesto, se quejó:





—Pero ¡si no estoy jugando con ellos! Permite a mis compañeros tener estuches en la mesa. ¿Por qué yo no puedo tener mis camiones?

—Porque son estuches y no camiones —respondí más molesto que él.

Aquel muchacho, grande para su edad, habitualmente callado, insistió:

—¿Ve? Ahora es un estuche.

Había cargado uno de los camiones con unos cuantos bolígrafos y lapiceros. Confieso que me sentí irritado, aunque decidí alargar la discusión por algún motivo que no recuerdo:

—¿No crees que más bien es un camión que transporta lápices?

—Depende —respondió para añadir rápidamente: ¿Las cosas son por lo que son o por lo que hacen? El estuche de mi compañero transporta lápices; mi camión, también. Así que, o bien ahora es un estuche, o bien ambos son camiones.

Su argumento, impecable, me dejó helado, pero contento. Enseguida añadí:

—A partir de ahora, quien disponga de argumentos tan buenos como el de vuestro compañero puede traer los «camiones» que desee.

Desconozco cuántos de aquellos chicos captaron el mensaje. Solo uno sonrió brevemente y el muchacho de los camiones se mantuvo serio.

Esta anécdota revela dos tipos de asuntos: epistemológicos y ontológicos. De los primeros daremos cuenta en la Introducción y en la Primera Parte de esta obra. Respecto a los segundos —que en realidad son primeros en el orden del ser y que han sido distribuidos por todas partes en este libro— Aristóteles consideraba que había un lenguaje racional (*logos*),





una ciencia, la más general, que se ocupaba de todas las cosas, de todos los entes a la vez. Podría haberla denominado ontología, pero este vocablo no hizo fortuna hasta bien entrado el siglo XVII, con Leibniz sobre todo. Así que sin saber qué nombre ponerle, matizaba que era la ciencia más buscada, que se trataba de la primera o principal y que su objeto no era este o aquel otro ser, sino el ser en cuanto tal.

Desde luego Aristóteles sabía que todas las cosas son y que, por tanto, ser es lo mínimo que tienen en común. No obstante, advertía de inmediato que el ser se dice de muchas maneras y que si las cosas eran varias, tendrían oportunidades para diferir, coincidir y para que existiera una primera. El problema es que no fue capaz de hallar una cosa material absolutamente primera, por lo que tuvo que denominar así a muchas: en realidad a todas las individuales; los individuos eran, pues, las sustancias primeras. Y puesto que dado un primero, se establece un segundo, Aristóteles también se atrevió a disponer la realidad de sustancias segundas: los géneros y las especies, es decir, los universales.

Cada camión de nuestro joven amigo podría ser una sustancia individual —como también cada pieza de aquellos—, pero todos los camiones *cabén* en un conjunto: el concepto «camión»; este resulta secundario con respecto a los elementos que lo forman porque se infiere abstractivamente de ellos, pero se erige en su representación lógico-lingüística, es decir, en su *pasaporte* en el pensamiento.

Es raro dar con una teoría metafísica que niegue la existencia de las sustancias primeras, aunque las denomine de otro modo. Sin embargo, es habitual toparse con teorías que ponen en entredicho la existencia de las sustancias segundas. Quizá sea debido a que las sustancias primeras ofrecen las ideas de individualidad y materia, mientras que las segundas solo son indicativas de formas, siendo estas muy generales. El chico de los camiones es humano y, como tal, animal; pero





su perro, también animal, no es humano. Ambos son seres naturales; en cambio, los camiones son artificiales. Todos esos seres, naturales y artificiales, son materiales. Ahora bien, ¿los conceptos bajo los que se cobijan categorialmente (humano, animal, perro, camión, natural, artificial, incluso el concepto de ser) son también materiales, son individuos, son meras formas...?

Con independencia de la solución a este tema, queda claro —como afirmaba Aristóteles— que el ser se dice de muchas maneras, que de cada ser se puede afirmar que es muchas cosas a la vez, que cada sustancia puede tener diversos accidentes. Por ejemplo, de nuestro muchacho cabe decir que es un ser natural, animal, humano, inteligente, aficionado a los camiones, etc. Es posible, además, disponer esos atributos de tal manera que unos queden incluidos en otros.

Probablemente todas las tesis ontológicas quepan en una sola: el ser es. Pero esa tesis apenas dice algo. De ahí que, inmediatamente, tenga que ser acompañada de otras cuestiones más precisas: cómo y qué, dónde y cuándo, por qué, para qué... Por tanto, al decir «ser» son convocadas en esa palabra muchas circunstancias, aunque la sustancia —como pretendía Spinoza— sea solo una. Según este filósofo lo que percibimos o reconocemos de la sustancia son sus atributos, que pueden ser infinitos. Entre esos conocemos fácilmente dos: la forma y la materia o, si se prefiere, el pensamiento y la extensión (o el concepto y la cosa). Cualquier atributo forma parte de la sustancia siendo expresión de la misma, es decir, siendo una de sus múltiples, infinitas, manifestaciones.

No sería desacertado pensar que en la ontología de Spinoza opera el principio económico del ahorro: afirmar la existencia de una sola sustancia ahorra a la realidad una infinidad de existencias o entidades. Sin embargo, ese mismo ahorro es dilapidado rápidamente al considerar la

